

con otra premisa y, en fin, cuándo considera que todo esfuerzo es inútil, y no ve la manera de ofrecer un argumento en favor de alguna tesis de Spinoza. ¿La falla fundamental de todo racionalismo? Bennett no se pronuncia ni a favor ni en contra. Parece quedarse en el agnosticismo sin condenar ni al racionalismo ni a sus opuestos. Pero en una conclusión fundamental parece burlarse del intento de Spinoza por concebir “que el todo de la realidad debiera formar un solo sistema”. Después de mencionar un ejemplo del cual resultaría una tesis grotesca con ninguna similitud en el amor de Dios que debiera resultar de ese sentido de la unidad totalizadora, Bennett concluye:

La mente, como lo dijo Hume, tiene gran propensión a derramarse sobre los objetos externos; Spinoza se ha derramado a sí mismo sobre el resto de nosotros, tomando algunos de sus principales rasgos de carácter y arguyendo delirantemente que la adquisición de ellos es una venta segura para lograr la libertad y la felicidad (p. 347).

¿Solamente un subjetivismo tan parroquial? ¿No hay algo más? Quizá lo hay, pero Bennett no puede extraerlo. Aquí y allá hay atisbos de que a Bennett le disgusta el intento de Spinoza (cfr. especialmente al final pp. 372 y ss.). ¿Será acaso por sufrir de positivismo? Quizá no, pero en todo caso tal vez no debió acometer la tarea pues, a despecho de su afán de vestir sus pensamientos *more geometrico*, puede ser que Spinoza sea un filósofo inadecuado para el canon de la lógica, y menos aún si se tiene aversión a las tendencias místicas (cfr. la confesión y dudas del propio Bennett al final del libro, p. 375).

De todas maneras, el trabajo de Bennett es una ayuda valiosa para repensar la *Ética* en nuestros días, es decir, para ofrecer nuestra teoría de si es posible partir de una idea totalizadora del mundo a fin de encontrar la mejor manera de vivir nuestras vidas, esto es, tener los afectos que nos son apropiados y deshacernos de las pasiones que nos destruyen, oscurecen e impiden vivir. ¿Y pensar todo esto *pace* el *Tractatus*!

El libro tiene una excelente presentación con índice de nombres, de temas y un índice “de referencias”, es decir, de las páginas donde se comentan las diferentes proposiciones, definiciones, apéndices, etc. de la *Ética*.

ENRIQUE VILLANUEVA

Klaus Hedwig, *Sphaera Lucis. Studien zur Intelligibilität des Seienden im Kontext der mittelalterlichen Lichtspekulation*, Beiträge zur Geschichte der Philosophie und Theologie des Mittelalters, Münster: Aschendorf, 1980. VII + 299 pp.

El libro de Hedwig tiene por cometido presentar la consideración filosófica de la luz hecha por los medievales como un instrumento para estudiar la inteligibilidad del ser.

Su estudio es bastante amplio. Comienza por la influencia helénica neoplatónica, toca la alta Edad Media, la baja Edad Media hasta Nicolás de Cusa, y también toma en cuenta la reflexión árabe y judía.

El neoplatonismo, según el autor, es la influencia más importante que recibieron los medievales, especialmente a través del Pseudo Dionisio, el Arcopagita. En él Hedwig destaca la presencia de luz en los símbolos del conocimiento y de la participación ontológica —que es una participación en la luz—. San Agustín es el otro neoplatónico cristiano que ocupa un lugar principal en esta línea de influencias. El tópico de la luz fue privilegiado en el pensamiento agustiniano. Y lo fue sin duda para expresar el hecho del conocimiento: no en balde su teoría del conocimiento es caracterizada como *teoría de la iluminación*, según la cual captamos realmente las cosas por participar en las ideas prototípicas divinas mediante una iluminación de Dios.

En la alta Edad Media sobresalen la especulación sobre la luz de Juan Escoto Eriúgena y de la Escuela de Chartres. El Eriúgena ve también el conocimiento como iluminación divina; se trata de una iluminación doble, que Dios efectúa a través de la Sagrada Escritura y de la Naturaleza. Como nos hace comprender Hedwig, para el Eriúgena el conocimiento es una teofanía; y, si es tal, es un aparecer luminoso de Dios, que da a conocer sus obras y se da a conocer a sí mismo. En cierta forma, el ser íntimo de las cosas es luz, de modo que todo lo que es, es luz. Respecto a esta parte sólo quisiera observar que el autor no aprovecha lo suficiente el hermoso *Comentario* del Eriúgena al *Evangelio* de Juan, en el que hay más simbolizaciones de la luz en términos de conocimiento y también del *ser*, sobre todo donde comenta el pasaje de dicho Evangelio que dice “en Él todas las cosas eran luz”. Los chartreses desarrollaron toda una cosmovisión basada en la luz, tanto para la expresión del conocimiento como para los temas metafísicos más elevados. El autor interpreta bien el simbolismo chartreano; pero hay un símbolo que explotó poco y que hubiera arrojado una mayor comprensión de la teoría de la luz en estos pensadores: se trata del símbolo del hombre como microcosmos, que se encuentra, por ejemplo, en la obra de Bernardo Silvestris. Se han hecho esclarecedores estudios sobre lo que representa este símbolo del hombre como microcosmos en la Edad Media (p. ej. de M. T. D’Alverny); nos muestran que tiene mucha riqueza para hacernos entender mejor las ideas de esta época sobre el conocimiento luminoso del ser.

Por lo que hace a la reflexión árabe y judía, Hedwig atiende muy atinadamente a los autores más representativos. Un punto que merece alabanza es su tratamiento de Avicena y la luz centrada en la iluminación del intelecto agente. En efecto, para esta especulación la iluminación es la plasmación de las formas en el intelecto, y esto ocurre

gracias al intelecto agente, y es bien sabido que Avicena muy frecuentemente se dirige a Dios —p. ej. en su metafísica— nombrándolo “el dador de las formas”.

Pero el autor medieval que más relieve da a la luz en su teorización fue Roberto Grosseteste. Es por todos conocido que su cosmología prácticamente entronca en su metafísica de la luz. He encontrado el tratamiento que hace Hedwig de este punto sumamente erudito y atinado. Sin duda Grosseteste sigue siendo el autor más importante para este tema, y Hedwig supo penetrar su pensamiento de manera adecuada.

Sigue la especulación sobre la luz en la alta escolástica. Descuellan San Buenaventura, Bartolomé de Bolonia (que tiene un tratado *De luce*) y San Alberto Magno y su escuela. Sobre el tratamiento que hace Hedwig de Alberto Magno, queremos anotar que faltó un mayor aprovechamiento de la doctrina albertina del *esse* como *primum creatum*, que es donde se concentra buena parte de la metafísica de la luz en este autor (aunque Hedwig lo menciona un poco en la p. 176).

Pasa después Hedwig a la especulación sobre la luz que se dio en Tomás de Aquino y en los escolásticos que promovieron las ciencias empíricas, tales como Roger Bacon, Witelo, Peckham y el dominico Dietrich von Freiberg. Es notable el estudio que el autor hace de este último, que tiene un tratado muy rico sobre el arcoiris, *i. e.*, sobre la refracción y la reflexión de la luz en las gotas de agua, y que había sido estudiado ya por William Wallace, quien ha encontrado que este tratado, lejos de ser una metafísica de la luz —como la de Grosseteste—, es toda una física en sentido cabal desarrollada por Dietrich.

Un capítulo importante es el dedicado a los místicos renanos: Meister Eckhart, Tauler, Suso y Ruysbroeck, así como la *Theologia Deutsch*. Un tópico que se repite en estos místicos —y en otros muchos— es el del centro del alma, donde se halla la presencia de la divinidad. Siempre me ha llamado la atención que un nombre muy frecuente de ese hondón del alma es el de “*scintilla animae*”, es decir, la centella o chispa del alma. En otras palabras, lleva un nombre tomado de la luz. El autor del libro que reseñamos trata este tópico en Eckhart, aunque bastante poco (pp. 234-244).

Finalmente, el tema de la luz aparece en Nicolás de Cusa, que es, por así decir, la culminación de la Edad Media. El autor lo centra en la teoría del Cusano de la conciliación de los opuestos que se efectúa en la divinidad, donde la luz y las tinieblas se unen, como la luz máxima y mínima, ya que Dios ve todo de manera perfecta y luminosa, como gusta de exponer Nicolás de Cusa.

En síntesis, el libro de Hedwig es un trabajo erudito y claro, completo y bien logrado.

MAURICIO BEUCHOT